

## ¡SUR, “PANDEMIÓN” Y DESPUÉS!

La analogía tanguera con tonada cordobesa sintetiza la tríade útil para abarcar la dimensión geopolítica después del virus. Cuando apareció, hace ya más de un año, existía la sensación de que pronto pasaría. Pero dio tiempo para que surgieran las vacunas. La cuarentena costó esfuerzo personal y comunitario, pero con medidas adecuadas permitió ampliar la capacidad sanitaria. Y con ello salvar muchas vidas, sin poder evitar consecuencias dolorosas para muchas familias argentinas. En el mundo se vivió de la misma manera, con variantes en las disposiciones de los que gobiernan. Está visto que la pandemia del COVID 19 acarrea y acarreará consecuencias en los diversos aspectos de la vida personal y social de los pueblos, y en las relaciones internacionales. Quienes analizan posibles cursos de acción coinciden en que el porvenir para la vida de los pobres será más difícil, más grave de lo que ya han debido soportar durante el pasado año.

No han sido pocas las voces que se han levantado advirtiendo esta dura realidad, aunque las principales, como la del Papa Francisco, tengan más un poder simbólico que real a la hora de definir políticas de gobierno que miren el bienestar de la sociedad en su conjunto, pero especialmente de los más desprotegidos, víctimas de los poderes hegemónicos. La pandemia ha visibilizado con mayor crudeza las condiciones de negación de la vida que padecen cotidianamente los pobres, por la injusta distribución de los bienes, acaparados por minorías que ocultan rostros y nombres, aunque cada tanto aparezcan algunos de los que evaden impuestos. Pueden calificarse de criminales los que ven pasar sin conmovirse el cortejo de los muertos por la pobreza.

Bien se ha insistido en que no puede hablarse de los pobres, sin hablar de los ricos. Son polos opuestos - que se conectan- porque estos son los causantes de aquellos. Incluyendo la responsabilidad de los que gobiernan y legislan a su favor. El mundo de los ricos – que siempre se oculta - hace padecer al resto de la humanidad y de la naturaleza, las consecuencias más dolorosas de su acaparamiento.

Un informe de la OXFAM, ONG inglesa que mide niveles de riqueza y pobreza en el mundo, señala que en el 2019 había unos 2.000 individuos – en su inmensa mayoría varones - que tenían más riquezas que 4.600 millones de personas. El 1% de ese reducido grupo tiene más del doble de la riqueza de 6.900 millones de personas. Y con la pandemia se han enriquecido aún más. Las cifras son tan abismales que corren el peligro de tapar los rostros de personas concretas, que viven o sobreviven en nuestro mundo, nuestros países, nuestras ciudades, nuestras calles. La directora ejecutiva de esa ONG, Kattia María afirmó: “Si la

población del 1% más rico del mundo pagase una impuesto extra de 0,5 sobre la riqueza, en los próximos 10 años sería posible crear 117 millones de empleos en educación, sanidad y cuidado de personas mayores.” Sin dejarnos apabullar con cifras tan enormes, está claro que riqueza sobra para que no haya pobres. Pero está mal distribuida. ¿De quién depende una distribución justa? La solución no llueve del cielo, ni alcanza con la denuncia profética. Hay que actuar sobre terrenos concretos. Y establecer y hacer cumplir leyes, sin evadir responsabilidades. Esto es tarea de la política, que los poderosos se empeñan en desprestigiar para convencernos que nada sirve, que todo es corrupción. Y ellos pueden así seguir engordando el bolsillo. Y los “puros” e “incontaminados” le hacen el coro para no quedar embarrados, y así se diferencian de los que sobreviven en los basurales, con quienes se manifiestan solidarios del “pico para afuera”. Más positivo y necesario es contar con el aporte de otros actores sociales: las organizaciones populares con sus demandas, las iglesias y las instituciones educativas poniendo sus herramientas al servicio de los más necesitados. Incluso, hasta convencer a los empresarios, que es mejor que todos crezcan porque así también crecen sus propios sus intereses.

Las últimas estadísticas de Argentina señalan un 42 % de la población en la pobreza y un 10 % en la indigencia. La ayuda económica del gobierno nacional a propósito de la pandemia alcanzó a casi 9.000.000 de personas. Algo menos que un cuarto de la población argentina. Para otros sectores también se dispusieron medidas económicas de emergencia para preservar empleos. Un paliativo escaso, pero necesario. A la par de eso, tan sólo 12.000 argentinos enriquecidos deberían ser los aportantes según la ley que los obliga a contribuir por única vez para paliar los gastos de la pandemia. Aun así, varios de ellos han judicializado el tema para eludir el pago, encontrando eco favorable en algunos jueces. Y no falta el discurso neoliberal que acusa esta tibia pero necesaria medida, de ser violatoria de la libertad de mercado y atentatoria de la propiedad privada. Mirando hacia adelante, con estas conductas mezquinas de los enriquecidos no parece fácil el futuro. Porque los poderosos no tienen motivos ni urgencia de ser generosos. Aunque la mayoría se confiese católica o cristiana, no están apurados por cumplir con el mandato de la caridad. Pesa más el bolsillo que la conciencia.

La pandemia, en poco más de un año, ha dejado 3.000.000 de muertos, 120.000.000 de personas en la pobreza extrema y una pérdida de 225 millones de puestos laborales en el mundo. Un Informe de las Naciones Unidas agrega que los más ricos del planeta lograron aumentar sus fortunas en 5.000 millones de dólares. El secretario General de las Naciones Unidas António Guterres lanzó la propuesta de un impuesto a la riqueza y la suspensión del pago de la deuda de los países más apremiados. Impuesto a la riqueza que ya existe en varios países desarrollados, no precisamente “comunistas”, como la Alemania de Angela Mer-

kel. Sólo en países como el nuestro, donde la vieja oligarquía parasitaria mezclada con los enriquecidos en base a la explotación de los pobres, prenden las alarmas cuando se insinúa semejante propuesta.

En la misma sintonía de una distribución más justa de la riqueza, el Papa Francisco, envió una carta al grupo del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional reunido en la primera semana de abril/21, instando a “generar soluciones nuevas, más inclusivas y sostenibles para apoyar la economía real...No puede contentarse con una vuelta a un modelo de vida económica y social desigual e insostenible, en el que una exigua minoría de la población mundial posee la mitad de la riqueza...Hay que idear formas nuevas y creativas de participación social, política y económica, sensibles a la voz de los pobres y comprometidas con su inclusión en la construcción de nuestro futuro común”. Entre sus propuestas urge a “un plan global que pueda crear nuevas instituciones o regenerar las existentes, en particular las de gobernanza global”, que significa “dar a las naciones más pobres y menos desarrolladas una participación efectiva en la toma de decisiones y facilitar el acceso al mercado internacional.” En relación a la deuda externa añadió que “un espíritu de solidaridad mundial exige también, como mínimo, una reducción significativa de la carga de la deuda de las naciones más pobres, que se ha visto agravada por la pandemia.”

Los pobres de los pueblos y los pueblos pobres en el centro de la preocupación mundial. La prédica de Francisco quedará en palabras, si las organizaciones populares no recuperan protagonismo político y avanzan en hacer de las estructuras políticas, una democracia real, que se vale de las formalidades pero debe superarlas en sus realizaciones para ser amplia y auténtica.

### **Nuevos escenarios**

Pasadas las dictaduras militares que cumplieron el rol de gendarmes, los poderes establecidos acomodaron el cuerpo para condicionar los procesos democráticos. La cruda aplicación del modelo neoliberal en democracia, con sus secuelas de desocupación, privatizaciones, desmantelamiento de la salud, la educación y los instrumentos básicos de los derechos conquistados, provocó ciertas reacciones sociales que posibilitaron al inicio de este siglo, una década de gobiernos nacionales y populares en varios países del continente latinoamericano. Pero el poder real fue preparando nuevas herramientas de dominación. La hegemonía de grandes medios de comunicación, concentrados por capitales privados, - como Clarín y La Nación en Argentina - y la cooptación de logias judiciales, se constituyeron en los instrumentos que reemplazaron al “partido militar”. Las fuertes embestidas contra líderes populares, mediante el armado de causas judiciales, en base a testigos falsos, extorsiones y la preponderante pero clandestina actuación de los servicios de inteligencia, cumplieron un rol durante el tiempo necesario, aunque después hayan quedado en la nada como lo sucedido con Lula en Brasil o Cris-

tina Fernández en causas donde fue sobreseída. En general no anularon las formas democráticas, pero las mellaron bastante. La estrategia de las noticias falsas (fake news) y la guerra judicial (Lawfare) ha demostrado un importante poder de daño a la credibilidad popular. Mucho de esto habrá también favorecido en Ecuador el triunfo del banquero conservador Guillermo Lasso.

El poder económico concentrado, desde sus mismas empresas, accionó para penetrar estamentos del estado mediante la corrupción; y luego utilizaron esos hechos para desacreditar a los políticos. Con algunos casos reales, pero enlodando a todos en la generalización indiscriminada, buscan profundizar el divorcio de la gente con la política, malversando instrumentos de la democracia, siempre perfectibles, por cierto.

Pero la pandemia va planteando escenarios diferentes. Las clases populares en su acepción más amplia han experimentado que sólo el Estado – no el mercado – ha sido capaz de brindar respuestas sanitarias y económicas de emergencias. Pero no sólo porque así lo vimos de cerca en nuestro país. En gobiernos conservadores o neoliberales vecinos han debido adoptar medidas “estatistas”. Chile, Uruguay, Francia, Alemania han sido los casos más visibles para nosotros. En la reciente experiencia argentina de hegemonía neoliberal, no es posible imaginar respuestas estatales que salvaran vidas. Todo lo contrario. El abandono de la educación, la salud, la pequeña y mediana empresa, las industrias locales, etc. hacen imposible pensar en un manejo de la pandemia favorable al pueblo. Más aún cuando se ha predicado a favor de las diferencias sociales y el desprecio de los pobres. Y el gigantesco endeudamiento externo, cuyos recursos fueron a parar a los bolsillos de los propios gobernantes y sus amigos, mediante la fuga de capitales. La renegociación de la monstruosa deuda externa que dejó el gobierno neoliberal de Macri, por el préstamo de 44.000 millones que el FMI le dio violando sus propias reglas, para que ganara las elecciones que perdió en el 2019, es uno de los temas que mantiene ocupado al ministro de economía Martín Guzmán; y lo llevó a buscar apoyo en los países europeos y Rusia. El presidente Alberto Fernández ha dicho que no hay apuro de pagar, porque no se hará a costas del sacrificio de los argentinos y argentinas. Se trata no sólo de extender los vencimientos perentorios, sino de buscar la reducción de intereses y cuestionar las violaciones de los propios estatutos del FMI. Paralelamente el gobierno nacional decidió impulsar una causa penal contra el ex presidente Mauricio Macri y otros ex funcionarios por fraude, administración infiel y otras irregularidades en torno a este endeudamiento, que nunca fue autorizado por el Congreso Nacional.

La reacción democrática ante los abusos de poder y el uso del estado a favor de sus intereses privados fue colocar, mediante la elección de un nuevo gobierno con principios de raigambre popular; otra vez al Estado en un lugar determinante, desplazando la prioridad neoliberal del mercado. Por cierto que esto no le gusta al poder económico concentrado. No les sirve que los pueblos expe-

rimenten gobiernos que adopten medidas garantizadoras de elementales derechos. Ello recuperaría no sólo la conciencia sobre la importancia de la política y sus sistemas institucionales, sino que a través de esos medios es posible adquirir derechos y establecer normas para obtener mejores niveles de vida. Y eso significa avanzar en una repartija de la torta, diferente y más democrática.

La experiencia nos ha dicho que no es verdad inapelable que los pueblos no se equivocan. Pero tampoco que se suicidan. Por eso esas reacciones que a veces son subterráneas, y otras más ruidosas, van haciendo camino y finalmente logran hacerse de cuotas del poder político, desde donde administrar a su favor, aunque siempre en forma limitada y condicionada, por la convivencia de la vida democrática en la puja de intereses contrapuestos. El camino siempre es más largo para los pobres, porque tienen menos recursos, y deben crearse mecanismos de unidad con los propios y ser amplios con otros, para recorrer la misma senda en la construcción de mayorías.

### **Otra vez la “seguridad nacional”**

A las piedras que las minorías colocan todos los días, provocando divisiones y enemistades sociales, mediante oposiciones absurdas y negadoras de la realidad, hay que sumarle los hilos que se van tejiendo a nivel internacional para impedir el resurgimiento de los procesos populares en Latinoamérica. Los pobres mientras se organizan y caminan, construyen la esperanza colectiva. Entonces son peligrosos, porque ya no están paralizados por la dominación. Es cuando resurgen las armas del imperio del Norte y los poderes económicos allí cobijados, para volver con recetas que los pueblos de Latinoamérica han padecido varias veces a lo largo de su historia.

En la primera semana de abril el Almirante Craig Faller, Jefe del Comando Sur (SOUTHCOM) de las fuerzas armadas de EEUU visitó nuestro país y otros de este extremo del continente. En Argentina hizo “acción humanitaria” y donó tres hospitales de campaña. Hay que prestar atención y analizar lo que días después informó al Congreso de EEUU: “La pandemia ha acelerado la inestabilidad en América Latina y el Caribe. La mayoría de los países de esta región tendrá un PBI negativo y al mismo tiempo vemos que las rivalidades geoestratégicas se desarrollan particularmente con respecto a China. En este Hemisferio, vemos su insidioso aumento, tal como lo vemos en todo el mundo; y están buscando asegurar el dominio económico de China por todos los medios”. El Almirante Faller repitió una argumentación conocida para violentar nuestra soberanía: “Los EEUU son líderes en asistencia humanitaria en Latinoamérica y el Caribe. SOUTHCOM también trabaja para...la formación de fuerzas militares profesionales que sepan luchar y empleen la fuerza militar de forma legal, capacitación en derechos humanos, programas de ayuda a las mujeres y programas para la paz y la seguridad.” Por si alguno de los congresales que lo

escuchaban no lo hubiera entendido bien, el Jefe del Comando Sur explicitó que “China, Cuba, Irán, Rusia apoyan en Venezuela un régimen corrupto que alberga a terroristas transnacionales”; sin ponerse colorado por las masacres de civiles en las invasiones norteamericanas a países de Oriente, Afganistán y otros de la región.

A su vez, la CIA, en el Informe de Evaluación Anual de América, pronostica “convulsión política” en nuestro continente, con acciones “desestabilizadores”, incluidas las “amenazas cibernéticas” de los mismos países mencionados por el Alte. Faller, más Corea del Norte. Afirma que “la frustración pública está aumentando por las profundas recesiones económicas que siguen a la pandemia de COVID 19”. Y esto acelerará la polarización política y la violencia social, con denuncias de fraude, elecciones impugnadas y protestas. Aquí es donde se ubica el rol de las Embajadas de EEUU promoviendo la coordinación con sus socios locales, como lo hizo en Bolivia y lo prepara aquí con reuniones sociales donde la Patricia, vestida de “cowboy” prueba distintas cepas, alcohólicas.

Estos informes respaldan la postura del nuevo presidente de los EEUU. Joe Biden pretende revertir el abandono de Trump del patio trasero, que fue bien aprovechado por otras potencias en la disputa por el dominio de los mercados en estas tierras latinoamericanas. Tanto China como Rusia, más que por cuestiones ideológicas, avanzan para extender sus negocios, que abarca todos los rubros, hasta la instalación de bases militares en territorios de los países del sur. La estratégica base de Ushuaia está en la disputa de EEUU y China. En coincidencia con la visita al país del Almirante Faller, el presidente Alberto Fernández afirmó: “No cederemos posición alguna de territorio argentino a ninguna potencia militar”.

Hay que unir los discursos militares de los EEUU y sus pronósticos políticos a raíz de la pandemia, para entender el rol de los opositores locales, que se esmeran en ahondar el odio, para obtener esa polarización que pregona la CIA, preparándose para el fraude y las impugnaciones, a la vez que se fomenta la violencia en las manifestaciones contra las medidas sanitarias, hasta el punto de propugnar la desobediencia civil. Justamente aquellos que se autodefinen como “democráticos” y “republicanos”, son los que agitan, en plena pandemia, la desestabilización, y en las redes sociales inundan de mensajes que incitan a la rebelión y atentan contra la democracia.

Periodistas de medios hegemónicos y dirigentes políticos que no ejercen funciones de gobierno o especulan posicionarse para las elecciones de senadores y diputados de noviembre, politizan la pandemia. Mientras la oposición más dura y reacia al diálogo apuesta al fracaso de la política sanitaria especulando con más muertos por COVID 19, el gobierno nacional está ante el desafío de obtener buenos resultados salvando vidas, lo que por cierto tendrá también efectos electorales. Para el Frente de Todos es importante porque ante la imposibili-

dad de consensuar con la oposición más recalcitrante, necesita aprobación legislativa a cuestiones fundamentales para mejorar la calidad de vida de los argentinos, y también de la política. Algunos de ellos son las reformas judiciales para transparentar el funcionamiento de ese viciado poder del estado republicano.

### **Vacunas para todas y todos**

En sentido opuesto a las mezquindades políticas, marcha la preocupación mundial por responder sanitariamente, aunque allí también se crucen los grandes intereses económicos y geopolíticos. En la guerra de las vacunas, EEUU, siguiendo su lógica capitalista muy bien representada por el laboratorio Pfizer, ha perdido terreno con la competencia rusa y china. Y así se explican las voces locales que pregonan el “veneno” ruso y la pandemia de la China comunista, los dos países que más han avanzado en la producción de las vacunas hoy requeridas también por países europeos.

Una de las principales urgencias es lograr una distribución equitativa de las vacunas. A febrero/2021, apenas diez países habían administrado el 75% de todas las vacunas a nivel mundial, mientras que 130 países aún no habían recibido una sola dosis. Según el CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales) “casi la mitad de 200 millones de vacunas ya administradas en el mundo se aplicaron en los siete países más ricos, donde vive el 10% de la población del planeta”. Y afirma que “la respuesta global debe ser el reconocimiento de que la vacuna es un bien común de la humanidad”. En este contexto, India y Sudáfrica han propuesto liberar, aunque sea en forma temporaria, las patentes, es decir los derechos de propiedad intelectual para evitar una catástrofe mayor. Más de 100 países miembros de la OMC (Organización Mundial del Comercio) impulsan que ese organismo asuma esta propuesta para hacer posible que las vacunas lleguen especialmente a los países más pobres. A fines de abril el Papa Francisco repitió la consigna: “vacuna para todos”. En el mensaje a la Conferencia Iberoamericana reunida en Andorra reclamó “una distribución equitativa de las vacunas, no basada en criterios puramente económicos, sino teniendo en cuenta las necesidades de todos, especialmente de los más vulnerables y necesitados”.

El panorama de la pospandemia es mucho más grave para los pobres. Y lo arriba mencionado tiene incidencia directa. Mucho más complejo que cualquier especulación mezquina y criminal. Aunque en lo dicho queda claro que los “profetas del odio”, como decía Arturo Jauretche, están articulados en la decisión geopolítica, militar y económica del imperialismo norteamericano. La expresión parecerá anticuada, pero los dichos y hechos dicen que es una realidad. A esta película ya la vimos.

*Luis Miguel “Vitín” Baronetto  
Córdoba, abril 2021*